

HUELLAS DE RAMON LOPEZ VELARDE

POR JOSE LUIS MARTINEZ

Apenas dos años después de la temprana muerte de Ramón López Velarde, ocurrida en 1921, los amigos del poeta y de su obra inician el rescate de aquel legado literario y aumentan, a los dos libros de versos que su autor publicó en vida, *La sangre devota* (1916) y *Zozobra* (1919), uno de ensayos, *El minuterio* (1923), y años más tarde, otro de poemas, *El son del corazón* (1932). Estos cuatro libros constituían, hasta 1948 aproximadamente, el cuerpo oficial de la obra de López Velarde. El fué el que sirvió de base para las antologías y los estudios principales que se le dedicaron y él ostentó el título de "obras completas" en la edición de Atenea de 1944. Bien vistas las cosas, no les faltó razón a los editores amigos de los dos libros póstumos para formarlos exclusivamente con la producción última de López Velarde: sus ensayos más acabados y maduros y sus poesías posteriores a *Zozobra*. Conocían indudablemente la existencia de otros ensayos y poemas anteriores, pero sabían también que su publicación acaso no añadiese mucha gloria al jerezano.

A partir de 1948, los devotos de López Velarde no se contentaron ya con la obra conocida del poeta y comenzaron a investigar y a divulgar poemas y prosas no coleccionados. Antes de esa fecha, esporádicamente se habían publicado, en el periódico *El Universal* y en la revista *Pan*, de Guadalajara, poemas desconocidos, pero sin que ello mostrara más que una curiosidad marginal. Sistemática fué, en cambio, la de Carlos Villegas que durante 1948 y 1949 recogió en la revista *Armas y Letras*, de Monterrey, treinta y dos prosas líricas, ensayos y artículos de crítica literaria. Luego, en el número que *México* en el *Arte* dedicó a Ramón López Velarde (primavera de 1949, núm. 7), se incluyeron, junto a algunos estudios importantes, varias series de textos inéditos o no coleccionados: once poemas, ocho ensayos, ocho cartas, aparte de manuscritos e iconografía, todo ello investigado por Luis Noyola y Carlos Villegas.

El siguiente año la revista *Ariel*, de Guadalajara, publicó en su número 7-8 (marzo-junio de 1950) cinco poemas y cuatro prosas no coleccionados de López Velarde, ambos aparecidos originalmente en *El Regional*, de Guadalajara, entre 1909 y 1911. Finalmente, don Jesús Silva Herzog reprodujo en *Cuadernos Americanos* (septiembre-octubre de 1950, IX, 5) la serie de dieciocho ensayos que, bajo el rubro de *Renglones líricos*, había publicado López Velarde, en 1913, en *El Eco de San Luis*.

Así andaban, a pasos seguros y pacíficos, los tratos con la posteridad de nuestro poeta entrañable, hasta la aparición de Elena Molina. Con el ánimo de preparar una tesis para su graduación universitaria, la señorita Molina se dió a curiosear la vida y los papeles de López Velarde y aun a recorrer aquellos lugares en que dejó sus rastros. Hizo pe-

reginas investigaciones estadísticas y psicológicas, que al fin plausiblemente desechó, y pudo allegarse una copia considerable de textos inéditos o no coleccionados y de documentos relativos al poeta. Pero mientras ella preparaba sus papeles, investigadores más activos publicaban los textos antes descritos (en *Armas y Letras*, *México* en el *Arte*, *Ariel* y *Cuadernos Americanos*). Ella no quiso darse por enterada sino por robada, ignorante de la ética y objetivos de la investigación, y logró convencer a la Imprenta Universitaria de que editara su trabajo, tres volúmenes harto desiguales de lo mismo, cuyos títulos son: *Ramón López Velarde. Estudio biográfico*, por Elena Molina Ortega; *Ramón López Velarde. Poesías, cartas, documentos e iconografía. Prólogo y recopilación de E. M. O.*; y *Ramón López Velarde. El don de febrero y otras prosas. Prólogo y recopilación de E. M. O.*, todos fechados en 1952.

Es posible explicarse, en principio, la decisión de la Universidad de México de publicar estos textos "nuevos" de López Velarde y aun su apéndice biográfico, pues sea la que fuere la calidad de la investigación, ella

ofrecía un indudable interés. Y no hubiese sido fácil, por otra parte, persuadir a la señorita Molina de que sometiese sus textos a una elaboración y a un rigor crítico, y menos aún que reescribiera su desproporcionado estudio. Pero si la Imprenta Universitaria hizo bien en editar textos de y acerca de López Velarde, es necesario, tanto como disfrutar la belleza de algunos de esos textos y analizar su significación, examinar con objetividad la índole y los métodos del trabajo de Elena Molina.

Además de los datos ya conocidos, al través de numerosos artículos, acerca de la vida de López Velarde, Elena Molina ofrece una información bastante completa de los antepasados y la familia del poeta y de sus estudios, de todo lo cual ofrece los documentos alusivos. Pero el resto del estudio peca de una ligereza y de una inconsistencia exasperantes. Está escrito, en general, en un tono de frívola familiaridad, mal enhebrando datos y anécdotas, y sin calar nunca en la compleja y delicada humanidad de López Velarde. El capítulo final, sobre la obra poética, es un rosario de citas sólo útiles para repetir los temas más obvios, pues ni siquiera se soslayan los principales problemas que ha planteado la creación poética del autor de *Zozobra*. Dos frases pueden dar una idea aproximada de la índole de este estudio. Las apreciaciones que acerca de los sentimientos del poeta hace Elena Molina se apoyan, nos dice, en la palabra escrita, pero también en "lo que entre líneas ha sorprendido mi intuición de mujer", aunque el lector no logre averiguar cuál fué esa revelación. Y finalmente: "Creo que ni la vida ni la obra de López Velarde presentan complejidades mayores." Lo cual explica el resto.

Ante una situación de la obra inédita o no coleccionada de López Velarde, como la que antes he descrito, me parece que las dos únicas conductas que correspondían a un nuevo investigador deberían ser éstas: o bien concretarse a publicar los textos que fueran novedad en el momento de su edición, o bien reunir todos los materiales no coleccionados y reproducidos con anterioridad junto con aquellos otros que se ofreciesen por primera vez. De una u otra manera, se contribuiría eficazmente al progreso en el conocimiento de la obra del poeta.

No ha sido ninguna de éstas la conducta seguida por Elena Molina en la edición que prepa-

INSTITUTO TECNOLOGICO DE MEXICO de la Asociación Mexicana de Cultura, A. C.

ESCUELA PREPARATORIA

(Bachillerato de Humanidades)

ESCUELA DE ESTUDIOS CONTABLES

para Contador Público y Contador Privado

ESCUELA DE ADMINISTRACION DE NEGOCIOS

ESCUELA DE ECONOMIA

Director:

LIC. EDUARDO GARCÍA MÁYNEZ

Teléfono 16-26-86

Serapio Rendón, 61

México, D. F.

ró de las poesías, prosas y cartas de López Velarde. Pues después de analizar sus trabajos se llega a la conclusión de que su único criterio fué éste: publicar lo que ella encontró hace cuatro años y lo que quiso reproducir de otros investigadores. Por consiguiente, la mayor parte de los textos que ofrece se encuentran ya divulgados y aun cuando otros que ella decidió arbitrariamente no recoger. Según lo precisaré en seguida.

En el volumen intitolado: Ramón López Velarde, *Poesías, cartas, documentos e iconografía* se publican 21 poemas. De ellos, 17 habían sido ya reproducidos: 8 por Luis Noyola Vázquez y 5 por Carlos Villegas, en *México en el Arte* (1949), y 4 en *Ariel* (1950), que además publicaba otro poema, "Del seminario" (apareció originalmente en *El Regional*, Guadalajara, 29 de junio de 1909), que falta en la colección de Elena Molina. Son pues sólo 4 los poemas "nuevos" que contiene el volumen.

Por otra parte, los poemas aquí reunidos se entregan desnudos de toda elaboración crítica, así fuera la más rudimentaria de la ordenación cronológica por fecha de composición. Tampoco se ha hecho un cotejo entre los poemas recogidos y los que formaron los tres libros conocidos de López Velarde. Una revisión mínima habría advertido, por ejemplo, que "Rumbo al olvido" es una primera versión de "Y pensar que pudimos", el poema incluido en *La sangre devota*; que otro tanto ocurre con "Tus ventanas", primera versión de "Sus ventanas"; que el primero de los dos sonetos de "Para tus dedos ágiles y finos" pasó con el mismo nombre a *La sangre devota*.

A continuación de las poesías Elena Molina publica seis cartas —a José Villalobos Franco, Eduardo J. Correa y José Juan Tablada—, un recado y dos dedicatorias de libros a Rafael López, de Ramón López Velarde, todo ello publicado aquí, que yo sepa, por primera vez. A reserva de volver, más adelante, a destacar la importancia de una de las cartas dirigidas a Correa, quiero indicar ahora solamente que Elena Molina, siguiendo un criterio diverso al del resto de su trabajo, no incorporó en el caso de las cartas las que habían sido publicadas por Noyola Vázquez en *México en el Arte*: 7 cartas a Margarita González, de 1920, y una carta de Ramón López Velarde a sus padres, de 1896, cuando contaba ocho años. Por otra parte, está conforme con la ineptitud general que domina la investigación la forma de presentar las que supongo dedicatorias de libros, pues el lector debe adivinar que lo son y no puede saber qué dedicaban.

La iconografía es la más completa y ordenada presentada hasta ahora, y ofrece la novedad de incluir retratos de "Fuensanta", Josefa de los Ríos. Cuando se preparaba, en 1946, el número de homenaje a López Velarde de la revista *El Hijo Pródigo*, sus redactores disponían de retratos de "Fuensanta", más eran tan deprimentes que Xavier Villaurrutia, con un criterio que comparto, prefirió ocultarlos por motivos estéticos. Pero ahora que Elena Molina los ha divulgado ya no cabe más que imaginar en Josefa de los Ríos bellezas secretas que la fotografía traicionó o aceptar el poder milagroso de la "cristalización" del amor y de la poesía.

Las prosas líricas, ensayos y artículos de crítica literaria que contiene el volumen intitolado *El don de febrero y otras prosas*, de Ramón López Velarde, se encuentran en una situación semejante a las poesías. En efecto, de los 90 textos, teóricamente no coleccionados ni reproducidos que incluye, 59 ya habían sido reproducidos, a saber: 3 en *Ariel*, de Guadalajara (septiembre-octubre de 1949, núm. 4), 32 en *Armas y Letras* de Monterrey (1948-1949), 16 en *Cuadernos Americanos* (septiembre-octubre de 1950, IX, 5) y 8 en *México en el Arte* (1949, 7). *Cuadernos Americanos* reproduce, además, una prosa, "Aquel día", previamente divulgada en *Ariel*, e incluía, también, otra, "Hoja de otoño", omitida en la colección de Elena Molina. Y, lo mismo que en el caso de las poesías, la señorita Molina no se tomó el trabajo de aclarar que "Clara Nevarés" es un primer esbozo de "Fresnos y álamos", de *El minutero*, y que "Saturnino Herrán" lo es de la "Oración fúnebre" del mismo libro.

Quería desembarazarme de todas estas enojosas minucias antes de entrar a la consideración interna de las muchas bellezas y revelaciones que contienen estos textos nuevos de López Velarde. hayan sido descubiertos por quien fuere. A ello volveremos en la próxima crónica.

Problema espinoso será siempre el de decidir cuándo es útil la publicación de las obras completas de un autor y cuándo lo mejor es respetar aquellas que su propia determinación quiso que fuesen sus obras públicas. Porque fatalmente la madurez de una obra exige los años de aprendizaje y titubeos, y la excelencia de unas páginas suele estar condicionada por la superación de la impericia de otras. Y, sin embargo, tarde o temprano cada autor ilustre ve surgir su investigador exhaustivo, el cual, impulsado por los criterios editoriales y por su mismo afán de perfección, no parará en sus pesquisas hasta recoger la última línea escrita por una mente cuya voluntad selectiva no puede ya ser escuchada. Claro que, al cabo de unos años o de unos siglos, la justiciera ordenación vuelve a operarse y de las solemnes *opera omnia* comienzan a rescatarse de nuevo las obras que merecen vivir. Pero mientras tanto, no deja de padecer el buen nombre del escritor con la desconsiderada difusión de sus

inecias, aunque alguna vez éstas se vean compensadas con el descubrimiento de páginas memorables y que añaden nuevos relieves al cuerpo de su personalidad y de su obra.

Me parece que, en términos generales, esta última es la situación en que ha quedado Ramón López Velarde, después de la publicación de sus poesías, cartas, prosas y ensayos, no incluidos en sus libros conocidos, y coleccionados ahora, como lo describí en mi crónica anterior, por Elena Molina. Pues si sus escritos en prosa son, algunos de ellos, de gran calidad literaria y otros nos enseñan facetas nuevas e inesperadas de su personalidad, sus nuevas poesías, por el contrario, no hacen más que mostrarnos su arduo aprendizaje poético.

Los poemas de López Velarde ahora coleccionados y divulgados fueron escritos de 1905 a 1912, es decir, entre los diecisiete y los veinticuatro años de su autor. Los más tardíos se publicaron pues cuatro años antes de la aparición de su primer libro, *La sangre devota* (1916). Quiero señalar con esto que todos estos poemas fueron desechados conscientemente al no ser incluidos en aquel libro, salvo los que pasaron a él en versiones corregidas. Y el poeta sabía perfectamente lo que hacía. No estoy pues de acuerdo con Luis Noyola Vázquez, quien, al reproducir por primera vez en *México en el Arte* algunos de estos poemas, afirmaba que eran de tanta calidad estética como los de *La sangre devota*. Aun los más interesantes, como "Una viajera" o "El adiós", desentonarían junto a los poemas de su primer libro en el que ya se mostraban no sólo la nostalgia provinciana y las confidencias eróticas, que caracterizan estos poemas iniciales, sino también el penetrante sentido de las palabras y de las imágenes poéticas y el propio y ya conformado estilo mental de Ramón López Velarde.

Es todavía bastante confuso lo que sabemos de las relaciones que haya tenido López Velarde con el movimiento revolucionario. Conocemos sin suficiente exactitud sus simpatías maderistas y su posible colaboración en el Plan de San Luis, y de sus poemas todos recuerdan imágenes de los destrozados causados por la Revolución, coronadas por un verso: "la íntima tristeza reaccionaria." Elena Molina da noticia de haber encontrado varias series de artículos de López Velarde sobre temas políticos, pero



M.R. PAT. 38405

CALIDRA

Un SOLIDO
PRESTIGIO para
UNA SOLIDA
CONSTRUCCION

"CALIDRA", S. A.
FERROCARRILES NACIONALES 155. COL. ANAHUAC, D. F.
Eltel.: 17-30-23 y 17-30-65; 38-29-46. Ap. Postal 1. Suc. Mariano Escobedo, D. F.

de ellos sólo reproduce fragmentos de uno que censura ciertos actos de Madero. Es lamentable que, sin razón alguna que pueda justificarla, me haya pasado por alto. En cambio, entre las nuevas cartas de López Velarde que da a conocer, publica fragmentos de una, del 8 de abril de 1911 y dirigida a Eduardo J. Correa, que me parece muy interesante. En ella se refiere López Velarde a la actitud asumida por altos dignatarios de la iglesia católica con motivo de la Revolución y, en los mutilados que de esa carta podemos leer, critica la parcialidad de los obispos a favor del gobierno porfirista y su falta de comprensión para los móviles profundos de la Revolución. El obispo de Sonora, Valdespino, condenaba la Revolución porque "nadie puede probar el robo ni el asesinato". A lo que López Velarde pregunta: "¿no es triste que un obispo muestre un criterio político tan rudimentario y unas tan confusas nociones sobre la ley del progreso? Decididamente, el obispo de Sonora no nació para sociólogo." Por otra parte, y para no deformar los hechos, debe agregarse que López Velarde le expone esto a su amigo Correa con el ánimo de que el trabajara "en favor de los intereses católicos".

¿No modifica acaso este documento ciertos matices de las apreciaciones de J. M. González de Mendoza en su excelente artículo de *México en el Arte* (7), acerca del ambiente del poeta y de sus ideas y reacciones en torno a la Revolución?

Para la historia sentimental de Fuensanta y para ilustrar las opiniones de López Velarde acerca de ciertos vanguardismos poéticos, son interesantes otras de las cartas ahora publicadas.

El volumen recién publicado con el título de *El don de febrero y otras prosas*, que contiene noventa ensayos, prosas líricas y artículos de crítica literaria, de Ramón López Velarde, reunidos en libro ahora por primera vez, es la más importante y valiosa contribución literaria de estos textos del poeta jerezano que ha publicado la Universidad de México. Su caso es del todo diverso al de las poesías, pues mientras éstas eran sólo ensayos juveniles, las prosas continúan, en el mismo nivel de calidad, a las que forman el precioso *Minutero*, u ofrecen nuevos aspectos de gran interés.

La evolución que en estas prosas se advierte es paralela a la que se ha reconocido en la poesía. Hay también aquí la época

de fino y melancólico romanticismo, lleno de aromas pueblerinos y delicadezas sentimentales — toda la serie de los *Reglones líricos*, por ejemplo —, y luego la época cuyo signo notorio es la ciudad: reflexiones más agudas, más cultas y en las que el aroma pueblerino se ha vuelto malicia y las experiencias de la juventud se han trocado en sabiduría. Pero en unas y otras permanecen constantemente la gracia y fluyen los aciertos expresivos y la simpatía cordial y humana que nos han hecho amar al López Velarde del *Minutero*. Sería por demás larga la lista de estos textos que yo incluiría en un segundo volumen del *Minutero*; por baste decir que hay aquí materia para ese tomo de nuevas prosas líricas y para otro que contendría los ensayos y estudios de crítica literaria.

Debo confesar que yo, al igual que la mayoría de los comentaristas de la obra de López Velarde, me había acostumbrado a la idea de un Ramón López Velarde más lleno de intuiciones que de letras, en una palabra "ingenio lego", como se ve a Cervantes hasta la aparición de los estudios de Américo Castro.

La lectura de la última sección de este volumen *El don de*

febrero, a que antes me refería, me ha convencido de mi equivocación, pues el López Velarde que aquí se muestra es un escritor que discurre con familiaridad entre todas las letras, lo mismo clásicas que modernas, francesas, españolas, hispanoamericanas y mexicanas. Era pues el poeta que conocemos, pero además todo un hombre de letras con el supremo acierto de saberlo ocultar siempre que ello era preciso. Un excelente conocedor de la literatura francesa de su tiempo; atento a las letras españolas, hasta Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez; admirador rendido de Lugones, en quien veía al primer poeta en lengua española de su tiempo; notable crítico de sus inmediatos antecesores: Othón, Díaz Mirón y Nervo, a quienes dedicó páginas memorables, y lector constante de sus contemporáneos: González Martínez, González León, Tablada, Valle Arizpe, López, Núñez y Domínguez, Alfonso Reyes, Antonio Caso, Julio Torri, y hasta de los entonces jóvenes poetas, como Carlos Pellicer Cámara, que junto a Martín Gómez Palacio y José Antonio Muñoz, ya comenzaba a ser famoso por 1917.

Su crítica de Amado Nervo, por ejemplo, es singularmente

notable. Tras de confesar que para él Nervo es "el poeta más nuestro", se anticipa a un juicio de nuestro tiempo al señalar la ineficacia lírica del Nervo confidencial y consolador. Pues, dice López Velarde, "el propósito de consolar, por máximas de mayor o menor crédito, pareceme extranjero en la estética que se atiene a su propia virtud melódica para aliviar las fatigas y los desamparos admitidas". Y que insuperables observaciones estas otras: "Su seña particular [de Nervo] es la coquetería." "Sus suertes, dinámicas todas, se disimulan en giros dóciles, emanados de la penumbra seminarista y fomentados en la curvatura de la experiencia patética." Y finalmente: "Derrotó a la palabra, confiéndose a decir lo que nacía de la combustión de sus huesos."

No es la menor la última de las revelaciones que nos entrega este volumen de prosas nuevas de López Velarde. Me refiero a la teoría que acerca del sentido de su propia poesía hace principalmente en dos artículos, "Enrique Fernández Ledesma" y "Melodía criolla". En otras páginas suyas, y de las más lúcidas que escribió, "La derrota de la palabra", había esbozado su teoría general de la poesía, su arte poética; pero en los dos artículos antes mencionados va más allá y nos revela la conciencia que tenía del camino que seguían sus versos y los propósitos que lo guiaban en esa experiencia. En su artículo sobre Fernández Ledesma cuenta cómo ambos buscaron afanosamente ese tono propio y cómo su objetivo era la dignificación de los asuntos nacionales con el hallazgo de lo que él llama el "criollismo", ni peninsular ni indígena, "sino éste café con leche que nos tiñe", como dice en su ensayo "Melodía criolla" que traza, además, una encantadora teoría de nuestras canciones populares, sentimentales y lacrimosas.

Criollismo estético. Quiere esto decir, pues, que una vez más estamos equivocados cuántos han querido ver, superficialmente, a López Velarde como el poeta de la provincia o de lo pueblerino. Su afán, como él mismo nos lo dice, era otro: descubrir y hacer duradero en el arte el aroma profundo y peculiar de México, lo mismo el de las plazas de Jerez que el de la avenida Madero, y lo mismo el de las novias provincianas que el de las "consabidas niayades arteras" de la artera capital.



MEJORANDO CALIDADES



Los nuevos muebles de acero STEELE son orgullo de nuestra firma y prestigio de la industria de México. Tenemos una exposición permanente de ellos en nuestro edificio de Av. Juárez y Balderas. Le invitamos a conocerlos y comprar.

H. Steele y Cia., S.A.

DIVISION DE EQUIPOS DE OFICINA

JUAREZ Y BALDERAS

MEXICO, D. F.